José Pablo Feinmann

Peronismo

Filosofía política de una obstinación argentina

57 **Fanon y Perón, ¿un solo corazón?**



Suplemento especial de
Página|12

ORDEN COLONIAL Y ORDEN NEOCOLONIAL

La película de Gillo Pontecorvo fue mundialmente aclamada. Todos salían con la certeza de haber visto un *documental*. No, era un film de ficción. Con actores, con una asombrosa fotografía de Marcello Gatti, con un montaje perfecto de Mario Serandrei y Mario Morra, con una producción de Yacef Saadi, que había sido líder del Frente de Liberación Nacional. Es una de las más grandes películas de guerra. En 1966 no podía ya causar demasiados problemas en Francia. Esos problemas habían sido patrimonio de la genial película de Kubrick *Paths of Glory* (traducida con el absurdo título de *La patrulla infernal*). La peli de Kubrick (que tiene guión del gran Jim Thompson) es de 1957, en pleno conflicto de Argelia. ¡Hacerle a Francia esta película en 1957! Una película en que el alto mando del ejército francés es visto como una caterva de cínicos, trepadores, cobardes y hasta asesinos. La gloriosa patria de Saint Just y Bonaparte la prohibió durante casi 20 años. El film de Pontecorvo, no. Aclaremos: los dos fueron acentuando con los años su enorme prestigio. Hoy son de visión obligatoria en todo el mundo para cinéfilos, estudiosos, teóricos de la guerra, analistas de la condición humana y su pulsión de muerte.

La batalla de Argelia conquista su realismo documental por las influencias (lúcida, deliberadamente incorporadas) del neorrealismo de Rossellini y las técnicas de edición de Eisenstein. Hay un solo actor profesional: Jean Martin, el que interpreta al coronel Mathieu. Vamos al grano: los periodistas siguen a Mathieu, son franceses, quieren saber cómo va la lucha, si el ejército francés avanza o Argelia logrará su liberación nacional. Mathieu contesta vagamente. De pronto pregunta: "¿Qué novedades hay en Francia?" Un periodista le informa (observemos: le informa *sólo* eso, eso sólo como lo más importante que ha ocurrido en Francia): "Sartre publicó un nuevo artículo". Mathieu reflexiona. Luego dice: "¿Por qué los Sartre están siempre en la vereda de enfrente?" El periodista pregunta: "¿Eso quiere decir que lo admira?" Mathieu responde: "No, pero me gustaría tenerlo de mi lado". Eduardo Grüner, que será largamente citado en este capítulo, escribe: "Ser Sartre es estar siempre en la vereda de enfrente". Luego Mathieu ofrece una conferencia de prensa. Sé que he citado este ejemplo en otros trabajos o en mis cursos, pero lo cito aquí por un motivo muy simple: *aquí* no lo cité nunca. Los periodistas le hacen al coronel preguntas más o menos banales. De pronto, uno, juntando todo su coraje, le dice que "se dice" que se aplican torturas a los detenidos argelinos. Mathieu responde: "Usted no me tiene que preguntar si nosotros torturamos. Usted tiene que preguntarse si Francia tiene que quedarse o no en Argelia. Si lo quiere, no me pregunte por los métodos que yo aplico para conseguirlo".

Un breve párrafo sobre la situación argelina: el Frente de Liberación nacional –a partir de 1954– se arroja sin retroceso posible a una confrontación abierta con el colonizador francés. Señalemos lo siguiente: los franceses *estaban* en Argelia. Un argelino veía un francés y veía un enemigo. No tenía más que mirar el color de su piel o sus ropas para saber que era un colonizador. *todo francés que estuviera en Argelia pertenecía al bando enemigo: el de los colonizadores*. Es, sin más, la colonización directa, sin mediación alguna. Los franceses tienen que "llegar" a Argelia. Hay colonos franceses, desde luego, pero ésa no es su tierra. Es la tierra de los argelinos que ellos están usufructuando para sí. Hacia 1956, para defender y sostener esta situación, Francia necesita tener 400.000 soldados en Argelia. O sea, el ejército que hay en Argelia *no es* argelino, es francés.

La extrema derecha colonialista se expresa por medio de los colonos franceses a los que el ejército apoya. Sus generales son tenaces, obstinados y sanguinarios: son Massu (en quien se inspira el Mathieu de *La batalla de Argelia*), Salan y Challe. Hace unos años (en un documental de una cineasta francesa al que recurriremos en su momento), el general Salan admitió haber instruido a los militares argentinos. Esta gente funda una organización terrorista (con semejanzas con la Triple A) a la que llaman OAS (Organization de la Armée Secret). Le ponen una bomba a Sartre, que, sin ofuscarse, sigue adelante. El portero de su edificio comenta: "Qué raro que le hayan puesto una bomba al señor Sartre. Es un hombre de costumbres muy tranquilas". Ben Bella, el fundador del Frente de Liberación Nacional, que había sido arrestado en 1954, es liberado: Francia exhibe su buena voluntad. Hay un período de movilizaciones populares muy potentes, al margen del FLN. Francia decide retirarse de Argelia. Les ofrece a sus colonos que se queden o fijen un plazo para retirarse. Sabiamente, los colonos se van de inmediato. Sin el poderoso ejército de ocupación que los protegía con sus tácticas "de inteligencia" se sienten muy desprotegidos. Argelia alcanza su soberanía en 1962.

Lo que había en Argelia (algo que debió ser advertido por los que establecían la identidad Argelia = Argentina) era una *colonización directa*. El colonizador estaba en el lugar de los hechos. El ejército de colonización era el ejército francés, ejército extranjero. Aquí no: era el ejército argentino. De aquí que cuando llega la democracia y el Ejército debiera apartarse de la escena una de las frases más dichas fuera: "El ejército argentino de ocupación es un ejército que no tiene dónde retirarse". Sí: los franceses se volvieron a Francia. Los militares argentinos debían adaptarse al nuevo país que hasta hacía poco colonizaban.

A esta altura de los tiempos no hay teórico serio que acepte al colonialismo del siglo XIX como *progresivo*. Los valores de la *civilización*, del *progreso* fueron la bandera de ese colonialismo y también la de las clases altas que los aceptaron. Toda la burguesía de la periferia, de la subalternidad (uso este término de Gayatri Spivak) planteó que nada se podría hacer en los países que no pertenecían a la centralidad del mundo sin ingresar en la teleología imperialista de Europa. El esquema era simple: unirse a Europa era unirse al tren de la historia. Implicaría para los países *neo-coloniales* (como el nuestro) un desarrollo tan potente que habrían de alcanzar o sobrepasar a los países de la centralidad europea. Esto es lo que Tulio Halperin Donghi (a quien nadie puede acusar de *revisionista histórico*, algo que lo horrorizaría) llama *orden neocolonial*. En suma, lo que aquí se constituyó desde mayo de 1810 en adelante fue un orden neocolonial. *Un orden neocolonial no es un orden colonial*. De aquí que la traslación mecánica de "Argelia" a "Argentina" resultara abusiva. Escribe Halperin Donghi: "Las nuevas funciones de América Latina en la economía mundial son facilitadas por la adopción de políticas librecambistas (...) El librecambio (rodeado de prestigio excepcional no sólo porque ofrece a las áreas metropolitanas, como gustan recordar amargamente los estudiosos de las marginales, un admirable instrumento ideológico de penetración económica en estas últimas, sino también porque promete cumplir dentro de aquéllas una función de reconciliación social en el marco del orden capitalista) es la fe común de dirigentes políticos y sectores altos locales" (Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Alianza, Buenos Aires, 1997, p. 223. Halperin Donghi publicó este ensayo por primera vez en 1967). Este "prestigio excepcional" del librecambio (penetración de las áreas metropolitanas en las marginales) se arropa a sí mismo con valores irrenunciables. Roma conquistaba en nombre de su grandeza. Territorio que el gran Imperio ocupaba tenía el orgullo, el honor de pertenecer a la magnificencia de Roma. Eso era todo: pertenecer al Imperio era la gloria de todo territorio que el Imperio ocupara. No es así con la expansión colonial o neocolonial europea. Donde entra el capital inglés (por medio del librecambio) o la cultura de Francia entran también una serie de *valores*. Las "áreas metropolitanas" seducen a las "marginales" con los grandes valores que dicen representar: la Civilización, el Progreso, la Ciencia, la Historia, la Cultura y el Hombre que esa cultura produce. El hombre que la sostiene. *El hombre occidental*. Occidente es, así, la cultura encargada (por medio de su razón) de incorporar a los valores de su racionalidad (que es, al mismo tiempo, la *verdad*) a las áreas marginales. Esta penetración de Occidente fue vista (por los sectores liberal-capitalistas) como el necesario desarrollo de la Humanidad. Donde entraba Occidente entraba el Hombre.

Así, cuando en 1830 Francia entra en Argelia, lo que entra es el Hombre Occidental. La razón iluminista. La razón europea. El decurso necesario de la Historia. ¿Cómo oponerse a eso? Si el general Bougeaud ("el conquistador de Argelia", tal es su título) quema vivos a 500 argelinos eso es sólo un costo del Progreso. Era necesario. La historia, dice Hegel, avanza por su lado malo. Avanza dolorosamente. Tiene precios que pagar. Esa Argelia reconocería en el futuro que las luces de Francia se encarnaban en el general Bougeaud y, aunque éste cometiera atrocidades, era un error considerarlas de ese modo. Eran el modo de abrir el país a las nuevas fuerzas de la civilización.

¿CUÁL FUE EL "PROGRESO DEL NEOCOLONIALISMO"?

Queremos ver la influencia de Francia en la cultura argentina para mostrar nuestro caso. La Revolución de Mayo es hija de la Revolución Francesa. El grupo ilustrado porteño admiraba el rigor, la decisión, la voluntad de los jacobinos, de Robespierre, de Saint Just. Se habían educado –secretamente, en Chuquisaca, Moreno– leyendo a los Enciclopedistas. Estaban hartos de España, esa nación ajena a la agresividad del espíritu del capitalismo; admiraban a Francia y su gran revolución burguesa, a Inglaterra y su Revolución Industrial. Moreno traduce a Rousseau. *El contrato social* alienta las jornadas de Mayo y los ejércitos que la Junta envía al Interior semejan –según la entusiasta descripción de José Ingenieros– a los de la Revolución Francesa. A fines de 1810, Vicente López y Planes escribe, en el Himno Nacional, sino lo que sigue: "Gloria al grande Balcarce; eterna gloria/ a su legión guerrera/ que enrojeció la espada carnicera/ con sangre de rebeldes". El espíritu del país de Descartes y Voltaire lleva a nuestros próceres a derrotar al godismo arcaico, reaccionario y a entrar en la modernidad, en la peculiar modernidad periférica a la que accedimos: cambiar la globalización española por la francesa y la inglesa, las grandes naciones del Progreso. Nunca se dudó de este Progreso. No se dudó en ninguno de los países de la marginalidad. Alcanzarían todos la grandeza de los países metropolitanos al solo costo de *complementarse* con ellos.

A partir de 1830 Echeverría regresa de París, trae el romanticismo, se consolida la generación romántica, la librería de Marcos Sastre, el Salón Literario, la Asociación de Mayo. Alberdi escribe el *Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho* (1837) y aborda la cuestión del idioma. Estamos en un punto decisivo. La modernidad periférica argentina se hizo hablando en francés. De esta forma, claro, contundente, Alberdi escribe: "Nuestras simpatías por la Francia no son sin causa". Bien, aquí voy a correr un riesgo: creo que esta frase pudo haberla dicho –agradeciendo las tácticas en contrainsurgencia– el general Díaz Bessone. El riesgo –que me resultaría repugnante e imperdonable si se realizara– es el de suponer que algo tienen que ver el joven y brillante Alberdi del *Fragmento*... con el citado general. No, lo que rastreamos es otra cosa. Es la presencia de la cultura francesa en nuestra patria, su lado luminoso, sus catacumbas de horror. Nosotros fuimos de Alberdi a Díaz Bessone porque Francia fue de Descartes a Bigeard y Aussaresses. Como Alemania fue de Goethe y Bramhs a Hitler. Somos, así, parte de la tragedia de la modernidad. Del sueño monstruoso de la razón. Si nuestra Revolución se hizo bajo las luces de la razón iluminista no veo por qué habríamos de eludir la dialéctica de esa razón que explicitaron Adorno y Horkheimer y cuya trama profunda condujo de la instrumentalidad en el dominio de la naturaleza (que impone el Iluminismo) a los campos de exterminio en Alemania. Si el racionalismo de Descartes y el iluminismo de los Enciclopedistas desembocan en Auschwitz, ¿por qué no pensar en una dialéctica argentina del Iluminismo que partiría del *Plan de Operaciones* y llevaría a la ESMA? Se trata de una hipótesis de trabajo sobre nuestra historia, nuestra cultura, pero no creo que ningún estudioso de la Escuela de Frankfurt, ningún lector atento de *Dialéctica del Iluminismo* la desdeñe. Como sea, si la mayoría de la filosofía europea de los últimos treinta años denuncia a la razón instrumental como la que termina por instalar los campos de exterminio, no sería sorprendente que un país que ha vivido en lo ideológico reflejando los vaivenes del pensamiento europeo haya seguido un itinerario semejante. El Ejército Argentino del '76 demostró un alto grado de racionalidad instrumental, de cartesianismo exterminador al "importar" el método francés de contrainsurgencia aplicado en Argelia. Tan franceses nosotros. Tan franceses, siempre, nuestros liberales. Se inspiraron en Francia, no en Alemania. El que leía a Clausewitz y a Colmar von der Goltz era Perón y eran también los simpatizantes nazis del GOU. Los liberales del '76 –herederos de la racionalidad iluminista de Moreno y Rivadavia y de toda la cultura de la Francia exquisita, racional, cartesiana– pidieron consejo a los generales expertos en torturar argelinos, en masacrar insurgentes. Aquí es imposible soslayar un aporte propio, nuestro, esencial a esta maquinaria del horror. La picana eléctrica la inventa el hijo del poeta Leopoldo Lugones y la aplica ferozmente bajo el gobierno del fascista Uriburu, que duró poco, porque entre nosotros el fascismo (su terror, sobre todo) se realiza por medio de los liberales oligárquicos, los dueños de la tierra. Pero hay algo –una oscura relación de causa y efecto– que es cruelmente insoslayable entre el "poeta nacional" Lugones y su hijo torturador. El padre, en 1924, en Lima, en el Centenario de la batalla de Ayacucho, proclama la llegada de "la hora de la espada". Y su hijo, en los sótanos lúgubres de las comisarías, en Buenos Aires, inventa la picana eléctrica, "su" espada, el instrumento que él desenvaina cuando su padre reclama la espada de la "última aristocracia", el Ejército. Esta relación entre padre poeta e hijo torturador, entre espada como símbolo de lucha gloriosa y picana como realidad sucia de esa lucha, es una metáfora –ineludible, creo– de la relación entre la racionalidad y el terror.

Vuelvo a Alberdi. Lo habíamos dejado diciendo que "nuestras simpatías con la Francia no son sin causa". Sigue y explica: "Nuestras instituciones democráticas no son sino una parte de la historia de las ideas francesas. El pensamiento francés envuelve y penetra toda nuestra vida republicana". No es relevante aquí trazar toda la relación entre los sectores dirigentes argentinos y la cultura francesa. Nuestra oligarquía habla en francés. El viaje a París es el viaje a la centralidad, al origen, al sentido. No, el propósito es otro. La masacre argentina fue salvaje en sus resultados, en su crueldad. Pero fue racional en su aplicación. Nuestros militares no fueron unas bestias incomprensibles, inhumanas. Trajeron el espíritu francés a esta tierra tal como lo trajo Echeverría, el poeta, a partir de 1830. No trajeron el romanticismo, claro. Sino otra faceta, la que necesitaban en 1976. La periodista Marie-Monique Robin le pregunta al general López Aufranc, encargado de interpretar y traducir a la "realidad nacional" la doctrina francesa: "¿Es cierto que los Estados Unidos estaban celosos?" "Claro –responde el general–, querían que los franceses se fueran. Veían con mal ojo el rol de Francia. Pero los americanos no sabían nada de guerra revolucionaria." Los franceses, *sí*. De modo que los generales argentinos (en la lucha por defender al Occidente cristiano que hegemonizaba Estados Unidos) recurren al viejo, venerable tutor francés. "La Europa nos pondrá el remo en la mano hasta que aprendamos el arte de la navegación", dice Sarmiento en *Facundo*. Y el libro (el gran libro de nuestra literatura) se inicia con una anécdota que incluye, decisiva, una frase en francés. Sarmiento huye a Chile perseguido por la "barbarie federal" y escribe "On ne tue point les idées". Frase que atribuye a Fortoul, que Paul Groussac, un petulante intolerable que dirigía la Biblioteca Nacional y era venerado por su irrefutable origen francés, dice que pertenece a Volney –injuriando a Sarmiento como un bárbaro más– y que los federales no entienden, no saben traducir, lo que revela su barbarie: no pertenecen al espíritu de lo nuevo, al republicanismo que Francia expresa y el país debe incorporar. Los generales argentinos entendieron la cuestión incurriendo en la racionalidad instrumental del terror: las ideas se matan porque los hombres son infinitamente exterminables. Ya no es necesario que la Europa nos ponga el remo en la mano, ya aprendimos el arte de la navegación. Ahora lo que hace falta es que el general Bigeard nos entregue su picana y nos inicie en el arte de la tortura, del interrogatorio. De eso que –impecablemente– los masacradores llaman "el trabajo de inteligencia". Aquí el análisis estremece. Primero: al trabajo de "información" (absolutamente central en la lucha de contrainsurgencia) se le llama "de inteligencia". Segundo: el trabajo "de inteligencia" radica en el interrogatorio al detenido. Tercero: la metodología del interrogatorio es la tortura, siempre.

La *Dialéctica del Iluminismo* es un libro que Adorno y Horkheimer escriben, exiliados en Santa Monica, Estados Unidos, entre 1940 y 1944. Demuestran que la filosofía de las luces (a través del dominio técnico de la naturaleza) conduce a la racionalidad instrumental, a la planificación de los campos de concentración. El afán por el dominio de la naturaleza se habría extendido al de los hombres y por fin a su exterminio. En 1940 era inevitable que vieran que un suceso iniciado en Francia (la "culpa" originaria se retrotrae a Descartes) se realiza en Alemania. Pero no necesariamente. También se realiza en Argelia. La "razón instrumental" iluminista lleva a la "razón instrumental" de la "inteligencia" de los paracaidistas torturadores, a Bigeard, a Aussaresses. Nosotros, ahí estamos. "El pensamiento francés penetra y envuelve toda nuestra vida republicana", escribía Juan Bautista. ¿No hay entonces una dialéctica argentina del Iluminismo? ¿No lleva del *Contrato Social*, traducido por Moreno, a la traducción de Bigeard y Aussaresses por Díaz Bessone y López Aufranc? La razón instrumental o la racionalidad técnica (por decirlo con Heidegger) no se detendrá ante nada. Heidegger nada ha escrito sobre las operaciones punitivas, sobre las operaciones de exterminio en –por ejemplo– nuestro país, pero habría dicho que así como actuaba la técnica capitalista. Habría dicho que ése no era el Progreso. Y hasta posiblemente se hubiese interesado más por los gauchos federales como hombres unidos a la tierra que por los "racionales librecambistas". Pero Heidegger es el filósofo que dice que el hombre ha olvidado al ser y se ha consagrado a la conquista de los entes y que esta conquista la realiza la razón, la razón del capitalismo en su expresión más despiadada y mercantilista. ¿Cuál es el "progreso" que dejó el colonialismo? ¿Cuál el que dejó el "imperialismo bueno"? Cualquiera nos acusaría de ser "revisionistas históricos". No, no nos basamos en esos textos que han quedado tan atrás como los libracos liberaloides de, pongamos, Ricardo Levene o Ricardo Rojas. Adorno, Horkheimer, Heidegger y todo el pensamiento filosófico contemporáneo condenan la expansión colonialista (o, en nuestro caso, neocolonialista) por su rapiña y por haber debilitado a estos países en lugar de conducirlos al progreso. Esto es totalmente visible en nuestros días. ¿Quién podría decir en nuestros días que Inglaterra jugó un papel "progresivo" o "progresista" en la Argentina? ¿Quién que seguimos el progreso británico como parte del tren de la historia? ¿Quién es todavía incapaz de ver que los planes de las clases ilustradas de Buenos Aires nos dieron un país atrasado, perdedor, marginal, pobre? No hablemos aquí de esa vieja cuestión: si otro camino hubiera sido posible. No importa. Pero seremos claros (junto con muchos de los mejores y más honestos filósofos europeos) en decir *no hubo imperialismo "bueno"*. No lo hubo en ningún lado. Las relaciones entre las metrópolis y las neocolonias sólo beneficiaron a las metrópolis y condenaron a un atraso miserable a las neocolonias. Que algunas –hoy– estén emergiendo (como China, como India) causa pánico en el Occidente colonialista. Las otras siguen balbuceando algunas palabras de autonomía. América latina recién se arriesga a un tibio populismo agredido brutalmente por las clases altas no bien se sienten perjudicadas en algo.

Incluso es parte de ese neocolonialismo que los franceses de Argelia hayan instruido a los genocidas argentinos en tácticas de contrainsurgencia. Es otra vez la razón instrumental, son las luces de Europa. La cultura de Francia en el Plata. Si Mitre, Sarmiento (que lo conoció) y Roca han de haber tenido muy presente al general Bougeaud, sin duda Videla tomó lecciones de los paracaidistas franceses. El y López Aufranc y el resto de la gavilla.

GRÜNER ESCRIBE SOBRE EL "PRÓLOGO" DE SARTRE

Siempre es bueno admirar a alguien. Limar a fondo las envidias, las competencias, reconocer la calidad, la honestidad o el talento cuando uno lo encuentra en otro. Creo que hay –en este momento– en la Argentina algunos intelectuales de mérito que están coincidiendo en ciertas cosas. Voy al punto: siempre leo con agrado los textos de Eduardo Grüner. Salvo algunas referencias a Lacan, algo excesivas tal vez, me sería difícil decir en qué discrepo con él. Coincidimos, en cambio, en algo que nos aleja de la cultura académica, de las modas filosóficas, de la omnipresencia de la *French Theory*. Somos dos bichos raros. Quedan pocos de los nuestros. Creo que somos los últimos sartreanos. O, sin duda, ya que acaso no se pueda ser hoy "sartreano" como tampoco se pueda ser nada salvo un tipo abierto a un mundo preapocalíptico, que se resiste a ser abarcado por "una" filosofía, aunque sea una de lo "múltiple" (que ya estamos hartos de ellas) o una de lo "uno" (que viven en la modalidad del fundamentalismo bélico, norteamericano o islámico, occidental o musulmán). Sin embargo, encuentro en lo que escribe Grüner algo que a mí me pasa: una gran admiración por Sartre. Una lectura apasionada de todos sus textos. Una convicción acerca de su *actualidad*. La "ausencia" de Sartre, la "negación" de Sartre grita su "presencia". Leí por ahí que Barthes dijo: "Cuando volvamos a pensar en una moral vamos a volver a pensar en Sartre". Es hora de pensar en una moral. Grüner escribe con fluidez, con claridad, con fuertes convicciones. Tal vez se encuentre menos neuróticamente que yo consagrado a construir una obra "oceánica" casi como homenaje al maestro. Porque él lo hizo así, voy a seguirlo. Porque nunca paró de escribir, de opinar, de comprometerse, de apelar a todos los recursos necesarios para expresarse, trataré de hacer lo mismo, dentro de mis límites. Pero voy a seguirlo. Digo esto porque voy a transcribir largamente un texto de Grüner. Me hubiera gustado escribirlo. Y hasta podría haberlo hecho. Pero sucede que él *ya lo hizo*. Y lo hizo muy bien y lo comparto por completo. De modo que lo que sigue de aquí en más está escrito por Eduardo Grüner. No voy a poner comillas. Es parte de este texto. Empezará a renglón seguido y va a terminar cuando cite la fuente de donde lo tomé. Es así:

A los que –había unos cuantos, y éste es un debate de "los setenta" no terminado de saldar– no comulgábamos ideológicamente, o nos parecía directamente un disparate suicida, con la "política-guerra" de las "formaciones especiales" (por convicciones políticas basadas en la "organización de las masas" y no en las "vanguardias iluminadas", o por dejos de un eticismo filosófico que nos hacía repugnante el "atentado individual", o por lo que fuere), ya nos había preocupado, en el pasado inmediato, cierta lectura de un cierto Sartre que hacían ciertos militantes de la izquierda más o menos peronista. Era obvio –aparte de sus innumerables declaraciones o artículos de coyuntura– el caso ya citado del Prólogo a Fanon, que se nos aparecía (...) como un llamado un tanto irreflexivo a la celebración de la libertad (y más: del pasaje a un nuevo estado de humanidad del colonizado, y en esto Sartre parecía seguir casi literalmente a Fanon) mediante la violencia, incluso la "terrorista", contra el colonizador. Por supuesto: entendíamos, o creíamos entender, perfectamente, porque tratábamos de seguir las enseñanzas del maestro respecto de la puesta en situación, que Sartre hablaba de Argelia –y, por extensión, de todo el Africa colonial–. Es decir: de un territorio ocupado militarmente por una potencia expoliadora y extranjera, tal como a su manera lo había estado en su momento Francia –la propia potencia colonial que ahora era la ocupante–, y a la que había opuesto la "heroica" Resistencia en la que el propio Sartre (...) había participado. Y ése no era el menor de sus argumentos: el cinismo canalla con el que los adalides de la LibEgFrat no sólo condenaban como victimarios lo que habían glorificado como víctimas, sino que utilizaban ellos mismos el terror, la tortura, los asesinatos clandestinos (solo mucho después, incluso hoy mismo, se "desayunaron" muchos de cuánto tenían que ver esos humanitarios franceses con lo que entonces era nuestro próximo, casi inmediato, futuro). Pero además, para colmo, Sartre era también, precisamente, francés. Tenía que hablar por las víctimas de su propio país, del propio Estado del cual él era citoyen, y por lo tanto, de alguna involuntaria manera, cómplice. Eso, necesariamente, redoblaba su virulencia, su elocuencia retórica (proverbial, pero potente hasta lo sublime en el prólogo de marras), su estrategia argumentativa en el elogio, incluso el panegírico, de los resistentes argelinos. Tenía por consiguiente que demostrar, a los gritos si hacía falta, que a los "violentos" del FLN no les habían dejado otra salida. Cosa, por otra parte, no muy difícilmente demostrable, como sucede con harta frecuencia en toda guerra de liberación colonial. Pero, eso era Argelia. Sin embargo, aquellos ciertos militantes de los que hablábamos hace un momento leían allí –y no sólo apelando a chistes homofónicos facilongos– Argentina. O sea: aun leyendo a Sartre / Fanon en castellano, traducían: la Argentina también era una "colonia" ("Patria sí", etcétera), y también estaba "ocupada militarmente" (por el Ejército que de "Nacional" sólo tenía el nombre), que también había torturado y asesinado (ahí estaban Vallese, Pampillón, Jáuregui, todos ellos): para ellos, las referencias comparativas se habían literalizado por fuera de los sesudos análisis políticos, sociológicos, histórico-culturales que procuraban detectar con la mayor precisión posible la diferencia argentina y latinoamericana para pergeñar la mejor estrategia de resistencia, o incluso de "toma del poder". Y esa lectura de Sartre –lo decimos así porque estamos hablando de Sartre: era por supuesto algo mucho más vasto, de una importancia vital , y no sólo filosófica– nos preocupaba, porque de ella no podía desprenderse otra cosa que el FLN y sus tácticas. La política-guerra, y no la guerra política. (Otra viñeta de época: a fines de 1969, a la salida de otra sempiterna proyección trasnochada de *La batalla de Argelia* en el Lorraine, me encuentro con un compañero de facultad, militante del entonces FEN –sigla sugestivamente cercana a la argelina–, que portaba el infaltable Fanon prologado por Sartre bajo el brazo. Entusiasmado una vez más con el film, me espetó: "¿Viste? ¡Esto es lo que hay que hacer en la Argentina!" No hice mayor esfuerzo, por intuirlo inútil, de convencerlo de otra cosa. Pero pensé: Sonamos. ¿Esto es lo que hay que hacer? ¿En Argentina? ¿En un país que no es formalmente una colonia ocupada por una potencia extranjera, que no tiene una población de 90% de campesinado paupérrimo como Argelia, donde hay –como lo había entonces– un comparativamente alto nivel de industrialización, donde hay –como la había entonces– una clase obrera fuertemente sindicalizada, con profundísimas tradiciones de lucha organizada? ¿Qué acaba –como acababa entonces– de hacer nada menos que el Cordobazo? Esto puede ser el desastre.) Que se entienda bien: no pretendo, retroactivamente, haber acertado desde el vamos. Mucho menos haber tenido la lucidez premonitoria que tantos, ahora, se autoadjudican en su nuevo entusiasmo de arrepentidos: era, simplemente, una posición política (y lamento, en cierto modo, tener que seguir pensando que entonces fue la más correcta: la otra costó demasiado). Mucho menos pretendo culpar a los que pensaban así entonces –puede ser que tengan sus culpas, y con toda seguridad sus responsabilidades: yo, hoy, no soy quién para exigir cuentas–. (Y también había otras maneras de pensar cierto "sartre–fanonismo" –aun sin nombrar explícitamente esos autores, ni seguirlos puntualmente en sus ideas– que pudieran mantener la diferencia: sin internarnos en análisis, Rozitchner lo ensayó en, por ejemplo, *Ser Judío* o en *Moral Burguesa y Revolución*, Feinmann algo más tarde en, por ejemplo, *Filosofía y Nación*, y así) Y sin duda que esa lectura no era culpa de Sartre: hay que insistir, él, equivocado o no, hablaba de otra "situación", desde otro lugar. Se podrá decir: sí, pero él no era cualquiera; tenía la obligación de prever que su palabra podía ser, por ejemplo, abusivamente universalizada. Puede ser. Es muy cierto, nadie puede controlar los efectos de lo que escribe, pero tampoco tiene el derecho de desentenderse cuando lo que escribe produce efectos. Eso es éticamente obvio. Al mismo tiempo, no obstante, y recíprocamente, no puede endilgársele al escritor cualquier cosa que uno quiera entender por otras razones que las que están allí escritas. Porque –es lo que pienso hoy– ésa era una mala lectura (y no en el sentido más inofensivo de la "deslectura creativa" de Harold Bloom) de Sartre, incluida la del prólogo a Fanon.

Al prólogo a Fanon puede dársele, no cabe duda, un alcance "universal": pero está en el método de pensamiento, no en el tema. El "tema", como siempre en Sartre, está del lado del universal–singular. Argelia (o Africa, si se quiere extenderlo lo más posible) era allí el componente de la singularidad: servía para hacer la crítica de una falsa universalidad, la de Europa. Al "universalizar" abstractamente –puesto que trasladar Argelia a la Argentina, un país tan diferente, era hacer eso– lo que Sartre decía de Argelia, era traicionarlo sin querer (Eduardo Grüner, Prólogo inédito a *El idiota de la familia*, de Jean Paul Sartre).

FANON Y PERÓN, ¿UN SOLO CORAZÓN?

En suma, el gran error consistía en trasladar mecánicamente "Argelia" a "Argentina". Sartre había opuesto una singularidad (la del colonizado) a una universalidad (la del colonizador europeo). Y no se equivocaba: el colonialismo siempre presenta sus valores como valores universales. Lo que le entrega al colonizado son los *valores universales* de la civilización. Sartre criticaba este esquema y se ponía del lado de la singularidad, del lado del colonizado. Avanzaba más y decía que, a través de su lucha, el colonizado iba a crear su propia "universalidad", ya que el Prólogo termina diciendo: "Pero eso, como suele decirse, es otra historia. La historia del hombre. Estoy seguro de que ya se acerca el momento en que nos uniremos a quienes la están haciendo". O más todavía: que el colonizado –al luchar contra la falsa universalización del colonizador– no sólo crea su propia autonomía, su propia "universalidad", sino que lucha por una nueva historia, la historia del hombre, y convoca a sus compatriotas franceses a unirse a ella. La historia, entonces, se escribe en la periferia, se escribe en las luchas de liberación de los pueblos coloniales. Esta "universalidad" –agregamos nosotros– debe tener la "particularidad" de no someter a ninguna otra "particularidad". Se trataría de crear una nueva forma de la historia en que unas naciones no colonicen a otras. De la liberación de la marginalidad surgiría una historia libre, una historia del hombre. Como vemos, no era demasiado demencial tomar muchos elementos de Sartre/Fanon para el esquema de "lucha antiimperialista" que se proponía en la Argentina y en América latina. Pero Argelia no era Argentina. No era una colonia. Era una neocolonia. Y todo traspaso mecánico de una situación histórica a otra corre serios riesgos. Grüner los señala: 1) Argentina no era una colonia ocupada por una potencia extranjera; 2) No tenía una población del 90% de campesinado en estado de extrema pobreza como Argelia; 3) Argentina tenía entonces un alto nivel de industrialización comparado con la nulidad que exhibía Argelia en ese nivel; 4) Argentina tenía una clase obrera fuertemente sindicalizada, con profundísimas tradiciones de lucha organizada; 5) En Argentina acababa de hacerse el Cordobazo. Una lucha autónoma de la clase obrera ligada a la industria de automóviles, con conciencia de clase, con movilización popular, con sindicatos y líderes combativos.

Esa lucha de la clase obrera cordobesa entroncaba con el peronismo pero no exactamente con su larga tradición. Lo que no advirtió el "entrismo" de la izquierda peronista es que el pueblo que esperaba y amaba a Perón vivía recordando los años de "la patria de la felicidad". No era un pueblo combativo. La lucha nunca iba a ser la de un pueblo armado más una guerrilla acompañándolo. Perón no había formado a su pueblo para eso. Lo había formado para ser un pueblo protegido por el estado de bienestar. Y así demostró ser. Los argelinos sufrían una doble humillación distinta de la del pueblo peronista. Una humillación nacional, clasista y racista. Tenían al ejército francés en su territorio. De aquí que incurrieran tanto en el terrorismo (que es la *violencia indiscriminada*). Si ponían una bomba en un bar de franceses sabían que *ahí no había inocentes, porque eran todos franceses*. Y ellos eran enemigos de *todos* los franceses. El guerrillero argelino podía decir: "*todo francés es mi enemigo*". El guerrillero argentino jamás habría podido decir: "*todo argentino es mi enemigo*".

Reflexionamos sobre estas cuestiones y sobre Sartre y sobre Fanon porque fueron esenciales lecturas de la militancia revolucionaria de la época. Y esa época fue una de las caras más fascinantes del peronismo. Si Favio, en un film de seis horas, le dedica diez minutos, allá él. Hay una concepción ideológica detrás de eso y ya veremos cuál es. Pero Fanon estaba en manos de todos. Y las palabras "sublimes" de Sartre se leían con devoción. Era difícil, para muchos, leer "el arma de un combatiente es su humanidad" y no exaltarse. Y los textos más terribles, más exasperados y guerreros se leían entre estremecimientos, parecían clarinadas: "Porque, en los primeros momentos de la rebelión, hay que matar: matar a un europeo es matar dos pájaros de un tiro, suprimir a la vez a un opresor y a un oprimido: quedan un hombre muerto y un hombre libre; el superviviente, por primera vez, siente un suelo *nacional* bajo la planta de los pies" (la cursiva es de Sartre). Esto se discutía ardientemente. Tendremos que seguir analizándolo. Por ahora respondamos a la pregunta de este capítulo. Aunque, *formalmente*, Argelia y Argentina o Argelia y América latina, mostraran coincidencias, la equiparación (que tenía como corolario la elección de la lucha armada como método: he aquí la gravedad de la cosa) era peligrosa. En suma, ¿Fanon y Perón un solo corazón? No. Y hasta por *otro* motivo que aún no hemos mencionado. Fanon y Perón no tenían nada, *pero nada* en común. También esto importa. Y mucho.

Continuaremos.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

Hacia el primer regreso de Perón